

### **3. La Ley del Lenguaje**

La ley del lenguaje también es muy simple: **El lenguaje usado en la enseñanza debe ser común al maestro y al alumno.**

Los órganos de los sentidos son partes de cuerpos materiales, y solo pueden ser tocados e impresionados por la materia y los fenómenos materiales. A partir de estos fenómenos, las personas deben construir los símbolos y signos mediante los cuales pueden señalarse unos a otros las ideas que desean comunicar. Un sistema de tales símbolos o signos es un lenguaje. Puede consistir en la escritura pictográfica de las razas antiguas, los sistemas alfabéticos de los pueblos civilizados, los signos manuales de los sordos, el habla oral de los oyentes; pero, cualquiera que sea su forma, es lenguaje —un medio de comunicación entre mentes, un instrumento necesario de la enseñanza, y que tiene, como todos los otros factores en el arte de enseñar, su propia ley. Esto no solo se refiere al hecho de que tanto el maestro como el alumno hablen la misma lengua materna, sino que significa que lo que dicen y cómo lo dicen debe ser entendido y tener el mismo significado para ambos.

#### **El Lenguaje como Vehículo del Pensamiento**

El vocabulario de un maestro puede ser mayor que el de muchos miembros de la clase, pero las ideas de las personas están representadas por su vocabulario. El maestro debe entrar dentro de esta esfera del nivel del lenguaje si quiere ser entendido.

Muchas palabras en nuestro idioma tienen más de un significado. Por ejemplo, considere las siguientes expresiones: «mente y materia»; «¿cuál es el problema?»; «¿qué importa?»; «es un asunto serio»; «la materia del tema». La misma palabra, «materia», tiene varios significados. Esta variedad de significados puede enriquecer las palabras para el uso del orador o el poeta, pero también puede presentar dificultades para los miembros de la clase.

Habiendo dominado una palabra como el signo de una idea familiar, la persona se enfrenta de repente a ella con un significado nuevo y desconocido. Quizás ha aprendido a atar un caballo a un poste, cuando oye el texto extraño: «Mis días fueron más ligeros que un correo» (Job 9:25), o lee la advertencia «Prohibido fijar carteles», y oye hablar de un «puesto militar». El maestro, conociendo todos los significados de sus palabras y guiado por el contexto al seleccionar el requerido por el pensamiento, lee o habla, pensando quizás que su lenguaje es rico en ideas y brillante en significado; pero los miembros de la clase, conociendo quizás solo un único significado para cada palabra, se detienen ante grandes vacíos en el sentido, puenteados solo por sonidos sin significado que los desconciertan y confunden. A menudo nos divertiríamos si pudiéramos saber qué ideas evocan

nuestras palabras en los alumnos. Así también, las palabras a menudo llegan a gustarse o disgustarse por las ideas que sugieren.

---

<sup>1</sup> Stanley S. Will, *Teach* (Nashville, Tenn.: Southern Publishing Association, 1974), p. 89.

Este asunto del lenguaje tiene importancia para los maestros de Escuela Sabática adventistas del séptimo día. Cualquier grupo religioso, incluido el nuestro, tiene su propio conjunto de palabras de vocabulario. Nosotros sabemos lo que significan, pero los visitantes de la clase a menudo no tienen idea. Pueden sentirse completamente confundidos por el vocabulario utilizado en la clase. Expresiones como “la pluma de la inspiración” confunden a la gente. ¿Acaso es una marca especial de bolígrafo? ¿Acaso alguna persona inventiva en la iglesia tiene una idea (inspiración) para un nuevo tipo de instrumento de escritura? ¿O a alguien se le ocurrió una “inspiración” sobre cómo encerrar a algunos animales que andaban sueltos? ¿Qué visualiza la gente cuando oye hablar del “espíritu” de profecía? ¿Es ese un “espíritu” fantasma o fantasmal que vuela por la noche? ¿Son los adventistas del séptimo día una especie de religión espiritista que cree en “espíritus” que profetizan—sea lo que sea que eso signifique?

### **El Lenguaje es un Instrumento.**

Las palabras son herramientas mediante las cuales la mente reduce la masa de impresiones a concepciones claras y válidas. Las ideas se encarnan en palabras; toman forma en el lenguaje y están listas para ser estudiadas y conocidas, para ser organizadas en el mecanismo del pensamiento inteligible.

#### **El hablar se convirtió en pensar**

Debe haber un esfuerzo independiente y original, no una mera repetición como loro de las palabras de otras personas. El alumno mismo debe hacer gran parte del hablar.

*“Todo ser humano, creado a imagen de Dios, está dotado de un poder similar al del Creador: individualidad, poder para pensar y para hacer. Los hombres en quienes se desarrolla este poder son los que asumen responsabilidades, que son líderes en empresas y que influyen en el carácter. Es obra de la verdadera educación desarrollar este poder, entrenar a los jóvenes para que sean pensadores, y no meros reflectores del pensamiento de otros hombres.” — La Educación, p. 17.*

El lenguaje es el depósito del conocimiento.

Todo lo que sabemos puede encontrarse almacenado en las palabras que lo describen. Así, las palabras no solo son los signos de nuestras ideas, sino que son pistas mediante las cuales

recuperamos y reconocemos esas ideas a voluntad, y en las múltiples formas derivadas y combinaciones de estas palabras, almacenamos las modificaciones y relaciones de la noción de la cual la palabra simple es el símbolo. Un grupo de palabras como “acto”, “actuado”, “actuando”, “actor”, “actriz”, “acción”, “accionable”, “activo”, “activamente”, “actual”, “actualmente”, “actualizar”, “actualidad” y “actuar”, sugiere un gran volumen de hechos sobre personas, movimientos, relaciones, cualidades, etc.

### **Cómo Usar el Lenguaje en el Aprendizaje**

Hay once formas en que el lenguaje puede usarse en situaciones de aprendizaje como una clase de Escuela Sabática:

1. Estudiar constante y cuidadosamente el lenguaje de los alumnos, para aprender qué palabras usan y qué significados les dan a esas palabras.
2. Obtener de ellos la declaración más completa posible de su conocimiento sobre el tema, para aprender tanto sus ideas como sus modos de expresarlas, y para ayudarles a corregir su conocimiento.
3. Expresarse tanto como sea posible en el lenguaje de sus alumnos, corrigiendo cuidadosamente cualquier error en el significado que ellos interpreten en sus palabras.
4. Usar las palabras más simples y en la menor cantidad que expresen su significado. Las palabras innecesarias aumentan el trabajo del alumno e incrementan las posibilidades de malentendidos.
5. Usar oraciones cortas, de la construcción más simple. Las oraciones largas son difíciles de seguir y con frecuencia confunden a los alumnos.
6. Si el alumno obviamente no logra entenderle, repita su pensamiento en otro lenguaje, si es posible con mayor simplicidad.
7. Ayudar al significado de las palabras mediante ilustraciones; los objetos naturales y las imágenes son preferibles para la mayoría de los alumnos. Tome ilustraciones de sus propias experiencias siempre que sea posible.
8. Cuando sea necesario enseñar una palabra nueva, dé la idea antes que la palabra. Esto puede hacerse mejor mediante ilustraciones simples estrechamente relacionadas con la experiencia del alumno.
9. Tratar de aumentar el número de palabras de los miembros de la clase y al mismo tiempo mejorar la claridad del significado. Un verdadero aumento del vocabulario de un miembro de la clase significa un aumento de su conocimiento y poder.

10. Ya que la adquisición del lenguaje es uno de los objetivos importantes en el proceso de educación, no se conforme con tener a sus alumnos escuchando en silencio por mucho tiempo seguido, por muy atentos que estén. Anímelos a hablar libremente.
11. Evaluar con frecuencia la comprensión que el alumno tiene de las palabras que usa, para asegurarse de que no esté usando significados incorrectos.

El mal uso del lenguaje es uno de los defectos comunes en la enseñanza. Sin mencionar a aquellos maestros que intentan cubrir su propia ignorancia o pereza con una nube de verborrea que saben que la gente no entenderá, y omitiendo también a aquellos que están más ansiosos por exhibir su propia sabiduría que por enseñar a otros.

<sup>2</sup> Stanley S. Will, *Teach* (Nashville, Tenn.: Southern Publishing Association, 1974), pp. 89-91.

---

## Lectura 3

### Mesías: Una Lectura Fácil de El Deseado de Todas las Gentes

- **Asegúrese de registrar en su Tarjeta de Cumplimiento del Estudiante que ha completado esta tarea.**

*Mesías* es el título de un libro publicado por la Pacific Press Publishing Association que actualiza el lenguaje del libro de Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*. Esta Lectura presenta un capítulo de las dos ediciones lado a lado. Observe las similitudes y las diferencias. ¿Cuál de estas dos ediciones podría ser de mayor valor si estuviera enseñando una Clase de Visitantes en la Escuela Sabática?

#### El Deseado de Todas las Gentes

##### Capítulo 24 — “¿No es éste el hijo del carpintero?”

En los días brillantes del ministerio de Cristo en Galilea, una sombra se cernía. El pueblo de Nazaret lo rechazó. «¿No es éste el hijo del carpintero?», dijeron.

Durante su infancia y juventud, Jesús había adorado entre sus hermanos en la sinagoga de Nazaret. Desde el comienzo de su ministerio había estado ausente de ellos, pero no habían ignorado lo que le había sucedido. Cuando volvió a aparecer entre ellos, su interés y expectación se excitaron al máximo. Allí estaban las formas y rostros familiares de aquellos a quienes había conocido desde la infancia. Allí estaban su madre, sus hermanos y hermanas, y todos los ojos se volvieron hacia Él cuando entró en la sinagoga en el día de reposo y ocupó su lugar entre los adoradores.

En el servicio regular del día, el anciano leyó de los profetas y exhortó al pueblo a seguir esperando al Venidero, que traería un reinado glorioso y desterraría toda opresión. Buscó animar a sus oyentes recitando la evidencia de que la venida del Mesías estaba cerca. Describió la gloria de su advenimiento, manteniendo prominente el pensamiento de que aparecería al frente de ejércitos para liberar a Israel.

Cuando un rabino estaba presente en la sinagoga, se esperaba que predicara el sermón, y

#### Mesías

##### Capítulo 24

##### “¿NO ES ÉSTE EL HIJO DEL CARPINTERO?”

«El Señor ha puesto su Espíritu en mí, porque me designó para anunciar las Buenas Nuevas a los pobres» (Lucas 4:18).

Mientras Jesús crecía, adoraba con sus vecinos en la sinagoga de Nazaret. Había estado ausente desde que comenzó su ministerio, pero la gente de Nazaret escuchó todas las historias sobre Él. Oyeron acerca de todos los milagros que había realizado.

Ahora que Jesús viajaba por Galilea, visitó Nazaret en la mañana de sábado y se unió a su familia en la sinagoga. Se sentó entre personas que lo habían conocido desde que era niño, y todos lo estaban observando.

Fue un servicio típico esa mañana. El anciano local leyó un pasaje de las Escrituras y recordó a los oyentes las señales de que el Mesías vendría pronto. Prometió que el Mesías aparecería en gloria para guiar a los ejércitos de Israel a la victoria sobre sus enemigos.

Cualquier israelita que visitara una sinagoga podía ser invitado a leer las Escrituras. Ese sábado, se le pidió a Jesús que participara en el servicio. Se le dio un rollo del profeta Isaías y leyó:

cualquier israelita podía hacer la lectura de los profetas. En este día de reposo, se le pidió a Jesús que participara en el servicio. Él «se levantó a leer. Y le fue entregado el rollo del profeta Isaías» (Lucas 4:16, 17, R.V., margen). La Escritura que leyó era una que se entendía como referida al Mesías:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,

Porque me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres;

Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón,

A predicar libertad a los cautivos,

Y recuperación de la vista a los ciegos,

A poner en libertad a los oprimidos,

A predicar el año agradable del Señor.»

«Y enrollando el rollo, lo devolvió al asistente; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él. Y todos daban testimonio de Él, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca» (Lucas 4:20-22, R.V., margen).

Jesús se presentó ante el pueblo como un expositor vivo de las profecías concernientes a sí mismo. Explicando las palabras que había leído, habló del Mesías como un aliviador de los oprimidos, un libertador de cautivos, un sanador de los afligidos, que restauraba la vista a los ciegos y revelaba al mundo la luz de la verdad. Su manera impresionante y el maravilloso significado de sus palabras conmovieron a los oyentes con un poder que nunca antes habían sentido. La marea de la influencia divina derribó toda barrera; como Moisés, contemplaron lo Invisible. Mientras sus corazones eran conmovidos por el Espíritu Santo, respondían con fervientes améns y alabanzas al Señor.

Pero cuando Jesús anunció: «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos», de repente fueron recordados a pensar en sí mismos y en las demandas de Aquel que les había estado hablando. Ellos, israelitas, hijos de Abraham, habían sido representados como en esclavitud. Habían sido tratados como prisioneros que debían ser liberados del poder del mal; como en

«El Señor ha puesto su Espíritu en mí, porque me designó para anunciar las Buenas Nuevas a los pobres.

Me ha enviado para decir a los cautivos que son libres

y para decir a los ciegos que pueden ver de nuevo.

Dios me envió para liberar a aquellos que han sido tratados injustamente

y para anunciar el tiempo en que el Señor mostrará su bondad» (Lucas 4:18, 19).

Mientras Jesús explicaba las palabras que había leído, habló del Mesías como Alguien que los ayudaría, los sanaría y les mostraría la verdad acerca de Dios. Sus palabras, sus expresiones, su voz emocionaron al pueblo que escuchaba como nada que hubieran oído antes. El Espíritu Santo derribó las barreras de sus corazones y la idea de que Dios se preocupaba tanto que enviaría a este Mesías los llevó a alabarlo en voz alta.

Entonces Jesús dijo: «Hoy, Aquel que estas Escrituras prometieron ha venido a vosotros». En un instante, el ambiente en la sinagoga cambió. Cuando la gente se dio cuenta de que Jesús afirmaba ser el Mesías, su alegría se convirtió en ira. «¿Quién se cree este Jesús?», preguntaron. «¿Cómo puede afirmar que es el Mesías cuando todos sabemos que es solo el hijo de un carpintero? ¡Lo conocemos desde que era un bebé! Lo vimos crecer y convertirse en hombre. ¿Acaso sus hermanos y hermanas no viven todavía aquí con nosotros? Claro, Jesús es una buena persona, ¿pero el Mesías? ¡No lo creo!»

Cuanto más pensaban en ello, más enojados se ponían. Ninguna de sus palabras sobre el Mesías incluía expulsar a los romanos y convertirse en el nuevo poder en el mundo.

De hecho, este Mesías sonaba como alguien que querría mirar en sus corazones y cambiarlos. Esto los hizo retroceder ante sus ojos profundos y escrutadores. ¡Él pretendía sanarlos, como si no fueran ya los hijos de Abraham, el pueblo de Dios, el pueblo más grande del mundo! Invisibles a sus ojos, Satanás trabajaba febrilmente para volverlos

tinieblas, y necesitados de la luz de la verdad. Su orgullo se sintió ofendido y sus temores se despertaron. Las palabras de Jesús indicaban que su obra para ellos sería totalmente diferente de lo que deseaban. Sus acciones podrían ser investigadas demasiado de cerca. A pesar de su exactitud en las ceremonias externas, se encogían ante la inspección de aquellos ojos claros y escrutadores.

¿Quién es este Jesús?, se preguntaban. Aquel que había reclamado para sí la gloria del Mesías era el hijo de un carpintero, y había trabajado en su oficio con su padre José.

Habían visto a Jesús fatigarse subiendo y bajando las colinas, conocían a sus hermanos y hermanas, y sabían de su vida y trabajo. Lo habían visto crecer de la niñez a la juventud, y de la juventud a la madurez. Aunque su vida había sido intachable, no querían creer que Él fuera el Prometido.

¡Qué contraste entre su enseñanza acerca del nuevo reino y lo que habían oído de sus ancianos! Jesús no había dicho nada acerca de librarlos de los romanos. Habían oído de sus milagros, y esperaban que su poder se ejercitara en su beneficio, pero no habían visto ninguna indicación de tal propósito.

Al abrir la puerta a la duda, sus corazones se endurecieron mucho más por haberse ablandado momentáneamente. Satanás estaba decidido a que los ojos ciegos no se abrieran ese día, ni las almas atadas en esclavitud fueran puestas en libertad. Con energía intensa trabajó para afianzarlos en la incredulidad. No hicieron caso de la señal ya dada, cuando habían sido conmovidos por la convicción de que era su Redentor quien les hablaba.

Pero Jesús entonces les dio una evidencia de su divinidad al revelar sus pensamientos secretos. «Les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de todo lo que hemos oído que se ha hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. Y dijo: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. Mas en verdad os digo, que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado

contra Jesús.

Jesús entonces les dio prueba de su divinidad al leer sus pensamientos. Les recordó dos historias de su historia. «Ningún profeta es aceptado en su propia tierra. Había muchas viudas en Israel en los días de Elías. Pero cuando vino la hambruna, Dios envió a Elías a quedarse con una viuda en otro país. Había muchos leprosos en Israel durante los días de Eliseo, pero solo Naamán el sirio fue sanado».

Aunque ambos profetas habían dado los mensajes de Dios al pueblo, muy pocos creyeron en ellos. Así que Dios trabajó con aquellos que sí creyeron—sin importar de dónde eran—

### **Jesús corta de raíz el problema**

Las palabras de Jesús cortaron como un cuchillo hasta la raíz del problema: el orgullo del pueblo. Los obligó a considerar que tal vez habían dejado de escuchar a Dios, que tal vez ya no eran su pueblo especial. La fe que las palabras de Jesús habían despertado en sus corazones se convirtió en desprecio. Su ira y celos permitieron que Satanás los llevara a la violencia. La congregación se convirtió en una turba enfurecida. Agarraron a Jesús y lo sacaron a la fuerza de la sinagoga y de su ciudad.

Con gritos y maldiciones, la multitud obligó a Jesús a dirigirse al borde de un acantilado cercano, planeando empujarlo para que muriera en las rocas de abajo. Allí, en medio de la turba enfurecida, mientras algunos agarraban piedras para arrojarlas a su cabeza, sucedió algo inesperado. Jesús desapareció.

Los ángeles que estuvieron a su lado en la sinagoga todavía estaban con Él en medio de la turba enfurecida. Cuando su vida estuvo en peligro, extendieron sus alas protectoras alrededor de Jesús y lo llevaron a un lugar donde estaría a salvo.

A lo largo de la historia de la tierra, las fuerzas del mal han amenazado a los seguidores de Jesús. Pero ejércitos de ángeles los han protegido. Solo en el cielo aprenderemos cuántas veces los ángeles de Dios nos salvaron de los planes de

por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta de Sidón, a una mujer viuda. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio» (Lucas 4:23-27, RVR).

Con esta relación de eventos en la vida de los profetas, Jesús respondió a las preguntas de sus oyentes. A los siervos que Dios había escogido para una obra especial no se les permitió trabajar por un pueblo de corazón duro e incrédulo. Pero aquellos que tenían corazones para sentir y fe para creer fueron especialmente favorecidos con evidencias de su poder a través de los profetas. En los días de Elías, Israel se había apartado de Dios. Se aferraban a sus pecados y rechazaban las advertencias del Espíritu mediante los mensajeros del Señor. Así, se cortaron del canal por el cual la bendición de Dios podía llegarles. El Señor pasó por alto los hogares de Israel y encontró un refugio para su siervo en una tierra pagana, con una mujer que no pertenecía al pueblo escogido. Pero esta mujer fue favorecida porque había seguido la luz que había recibido, y su corazón estaba abierto a la luz mayor que Dios le envió mediante su profeta.

Por la misma razón, en tiempos de Eliseo se pasó por alto a los leprosos de Israel. Pero Naamán, un noble pagano, había sido fiel a sus convicciones de lo correcto y había sentido su gran necesidad de ayuda. Estaba en condiciones de recibir los dones de la gracia de Dios. No solo fue limpiado de su lepra, sino bendecido con el conocimiento del Dios verdadero.

Nuestra posición delante de Dios no depende de la cantidad de luz que hayamos recibido, sino del uso que hagamos de lo que tenemos. Así, incluso los paganos que eligen lo correcto en la medida que pueden discernirlo están en una condición más favorable que aquellos que han tenido gran luz y profesan servir a Dios, pero desprecian la luz y contradicen su profesión con su vida diaria.

Las palabras de Jesús a sus oyentes en la sinagoga atacaron la raíz de su justicia propia,

Satanás.

Jesús quería salvar al pueblo de Nazaret. Quería que se unieran a su reino. Pero no quisieron escuchar. Cerca del final de su obra en Galilea, Jesús visitó su ciudad natal por última vez. Desde su primera visita, las historias de sus enseñanzas y sus milagros en Galilea se habían contado por todas partes. Ni siquiera el pueblo de Nazaret podía negar que Él tenía más poder que cualquier ser humano. Cerca de ellos había aldeas enteras donde no había una sola persona enferma o herida, porque Jesús había pasado y las había sanado a todas.

Y aunque habían intentado matarlo, Jesús quería hacer lo mismo por la gente de su ciudad natal. Mientras les predicaba de nuevo, sus corazones querían responder a su amor. Pero no podían admitir que este Hombre que se había criado con ellos fuera mejor que ellos. Preguntaban: «¿De dónde sacó el poder para sanar y la sabiduría para hablar como lo hace?» No querían creer que Él fuera el Mesías.

Debido a esto, Jesús no pudo hacer muchos milagros en su ciudad. Solo unos pocos corazones estaban dispuestos a ser bendecidos por Él. Sus seres queridos enfermos permanecieron enfermos; sus amigos lisiados no recibieron la capacidad de caminar. Finalmente, Jesús se fue, para no regresar jamás.

Así como el pueblo de Nazaret y el Sanedrín rechazaron a Jesús, la nación de Israel finalmente tomó la misma decisión. Rechazaron al Espíritu Santo y pusieron a Jesús en la cruz. Esto llevó a la destrucción de Jerusalén y la dispersión de los judíos por todas las naciones del mundo. Jesús deseaba tanto mostrar a Israel los preciosos tesoros de la verdad. Pero ellos se aferraban desesperadamente a sus leyes sin sentido y a sus ceremonias vacías. Si hubieran estudiado honestamente las Escrituras, la destrucción de su ciudad y nación podría haberse evitado. Las enseñanzas de Jesús también exigían arrepentimiento. Habrían tenido que cambiar su comportamiento y renunciar a sus esperanzas de grandeza nacional. Se verían obligados a ir en contra de las opiniones de los grandes pensadores

presionándoles la amarga verdad de que se habían apartado de Dios y habían perdido su derecho a ser su pueblo. Cada palabra cortaba como un cuchillo mientras se les exponía su verdadera condición. Ahora despreciaban la fe que Jesús había inspirado en ellos al principio. No querían admitir que Aquel que había surgido de la pobreza y la humildad fuera otra cosa que un hombre común.

Su incredulidad engendró malicia. Satanás los controlaba, y con ira clamaron contra el Salvador. Se habían apartado de Aquel cuya misión era sanar y restaurar; ahora manifestaban los atributos del destructor.

Cuando Jesús se refirió a las bendiciones dadas a los gentiles, el feroz orgullo nacional de sus oyentes se despertó, y sus palabras fueron ahogadas en un tumulto de voces.

Estas personas se habían enorgullecido de guardar la ley; pero ahora que sus prejuicios eran ofendidos, estaban listos para cometer asesinato. La asamblea se disolvió, y echando manos a Jesús, lo expulsaron de la sinagoga y de la ciudad. Todos parecían ansiosos por destruirlo. Lo llevaron apresuradamente al borde de un precipicio, con la intención de despeñarlo. Gritos y maldiciones llenaban el aire. Algunos le arrojaban piedras, cuando de repente desapareció de entre ellos. Los mensajeros celestiales que habían estado a su lado en la sinagoga estaban con Él en medio de aquella turba enfurecida. Lo ocultaron de sus enemigos y lo condujeron a un lugar seguro.

Así protegieron los ángeles a Lot, y lo sacaron sano y salvo de en medio de Sodoma. Así protegieron a Eliseo en la pequeña ciudad montañosa. Cuando las colinas circundantes estaban llenas de caballos y carros del rey de Siria, y del gran ejército de sus hombres armados, Eliseo contempló las laderas más cercanas cubiertas por los ejércitos de Dios: caballos y carros de fuego alrededor del siervo del Señor.

Así, en todas las edades, los ángeles han estado cerca de los fieles seguidores de Cristo. La vasta confederación del mal está alineada contra todos los que quieren vencer; pero Cristo quiere

y maestros de su tiempo.

Los líderes judíos no entendían a Jesús en absoluto. Su orgullo espiritual los llevaba a esperar honor en cada ocasión. Sus celos protegían sus costumbres y ceremonias. Pero Jesús, con todo su poder, ¡era tan humilde! Si Él era verdaderamente el Mesías, argumentaban, ¿por qué no quería honor y gloria y un ejército para destruir a sus enemigos?

Pero más que todas estas razones, los judíos rechazaron a Jesús porque su vida pura de amor mostraba su pecaminosidad. Podían vivir con planes decepcionados de gloria nacional, pero no podían vivir con el foco de su pureza brillando sobre sus vidas impuras.

Este capítulo está basado en Lucas 1:16-30.

que miremos las cosas que no se ven, a los ejércitos del cielo acampados alrededor de todos los que aman a Dios, para librarlos. De qué peligros, vistos e invisibles, hemos sido preservados mediante la interposición de los ángeles, nunca lo sabremos hasta que, a la luz de la eternidad, veamos las providencias de Dios. Entonces sabremos que toda la familia del cielo estaba interesada en la familia de aquí abajo, y que mensajeros del trono de Dios acompañaron nuestros pasos día tras día.

Cuando Jesús leyó la profecía en la sinagoga, se detuvo antes de la especificación final acerca de la obra del Mesías. Habiendo leído las palabras: «A predicar el año agradable del Señor», omitió la frase: «y el día de venganza del Dios nuestro» (Isaías 61:2). Esto era tan verdad como la primera parte de la profecía, y con su silencio Jesús no negó la verdad. Pero esta última expresión era aquella en la que sus oyentes se deleitaban, y que deseaban cumplir. Denunciaban juicios contra los paganos, sin discernir que su propia culpa era incluso mayor que la de otros. Ellos mismos estaban en la más profunda necesidad de la misericordia que estaban tan dispuestos a negar a los paganos. Ese día en la sinagoga, cuando Jesús estuvo entre ellos, fue su oportunidad de aceptar el llamamiento del cielo. Aquel que «se complace en la misericordia» (Miqueas 7:18) de buena gana los habría salvado de la ruina que sus pecados estaban invitando.

No sin una llamada más al arrepentimiento podía abandonarlos. Hacia el final de su ministerio en Galilea, Jesús visitó nuevamente el hogar de su infancia. Desde su rechazo allí, la fama de su predicación y sus milagros había llenado la tierra. Nadie podía negar ahora que poseía más que poder humano. La gente de Nazaret sabía que andaba haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por Satanás. A su alrededor había aldeas enteras donde no se oía un gemido de enfermedad en ninguna casa; porque Él había pasado por ellas y había sanado a todos sus enfermos. La misericordia revelada en cada acto de su vida testificaba de su unción divina.

Nuevamente, mientras escuchaban sus

palabras, los nazarenos fueron conmovidos por el Espíritu Divino. Pero incluso ahora no querían admitir que este Hombre, que se había criado entre ellos, fuera diferente o superior a ellos. Todavía les quedaba el amargo recuerdo de que, mientras Él había afirmado ser el Prometido, en realidad les había negado un lugar con Israel; porque les había mostrado que eran menos dignos del favor de Dios que un hombre y una mujer paganos. Por eso, aunque preguntaban: «¿De dónde tiene esta sabiduría y estos milagros?», no lo recibían como el Cristo de Dios. Debido a su incredulidad, el Salvador no pudo hacer muchos milagros entre ellos. Solo unos pocos corazones estaban abiertos a su bendición, y Él se fue, renuente, para no regresar jamás.

La incredulidad, una vez acariciada, continuó controlando a los hombres de Nazaret. Así controló al Sanedrín y a la nación. Con sacerdotes y pueblo, el primer rechazo de la demostración del poder del Espíritu Santo fue el principio del fin. Para demostrar que su primera resistencia era correcta, continuaron después siempre criticando las palabras de Cristo. Su rechazo del Espíritu culminó en la cruz del Calvario, en la destrucción de su ciudad, en la dispersión de la nación a los vientos del cielo.

¡Oh, cuánto anhelaba Cristo abrir a Israel los preciosos tesoros de la verdad! Pero tal era su ceguera espiritual que era imposible revelarles las verdades relativas a su reino. Se aferraban a su credo y a sus ceremonias inútiles cuando la verdad del cielo esperaba su aceptación. Gastaban su dinero en paja y cascarillas, cuando el pan de vida estaba a su alcance. ¿Por qué no acudían a la palabra de Dios y buscaban diligentemente para saber si estaban en error? Las Escrituras del Antiguo Testamento declaraban claramente cada detalle del ministerio de Cristo, y una y otra vez Él citaba a los profetas y declaraba: «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos». Si hubieran escudriñado honestamente las Escrituras, poniendo a prueba sus teorías con la palabra de Dios, Jesús no habría tenido que llorar por su impenitencia. No habría tenido que declarar: «He aquí, vuestra casa os es dejada desierta» (Lucas 13:35). Podrían haber conocido

la evidencia de su mesiazgo, y la calamidad que dejó su orgullosa ciudad en ruinas podría haberse evitado. Pero las mentes de los judíos se habían estrechado por su fanatismo irracional. Las lecciones de Cristo revelaban sus deficiencias de carácter y demandaban arrepentimiento. Si aceptaban sus enseñanzas, sus prácticas debían cambiar y sus queridas esperanzas debían abandonarse. Para ser honrados por el cielo, debían sacrificar el honor de los hombres. Si obedecían las palabras de este nuevo rabino, debían ir en contra de las opiniones de los grandes pensadores y maestros de la época.

La verdad era impopular en los días de Cristo. Es impopular en nuestros días. Ha sido impopular desde que Satanás dio al hombre aversión por ella, presentando fábulas que llevan a la exaltación propia. ¿No nos encontramos hoy con teorías y doctrinas que no tienen fundamento en la palabra de Dios? Los hombres se aferran a ellas con tanta tenacidad como los judíos a sus tradiciones.

Los líderes judíos estaban llenos de orgullo espiritual. Su deseo de glorificación propia se manifestaba incluso en el servicio del santuario. Amaban los primeros asientos en las sinagogas. Amaban los saludos en las plazas, y se complacían con el sonido de sus títulos en los labios de los hombres. A medida que la piedad genuina declinaba, se volvían más celosos de sus tradiciones y ceremonias.

Debido a que su entendimiento estaba oscurecido por el prejuicio egoísta, no podían armonizar el poder de las palabras convincentes de Cristo con la humildad de su vida. No apreciaban el hecho de que la grandeza real puede prescindir de la ostentación exterior. La pobreza de este Hombre parecía totalmente incompatible con su afirmación de ser el Mesías. Preguntaban: Si Él era lo que decía ser, ¿por qué era tan sin pretensiones? Si se contentaba con estar sin la fuerza de las armas, ¿qué sería de su nación? ¿Cómo podría el poder y la gloria tan largamente anticipados someter a las naciones como súbditos a la ciudad de los judíos? ¿No habían enseñado los sacerdotes que Israel debía gobernar sobre

toda la tierra? ¿Y era posible que los grandes maestros religiosos estuvieran equivocados?

Pero no fue simplemente la ausencia de gloria exterior en su vida lo que llevó a los judíos a rechazar a Jesús. Él era la encarnación de la pureza, y ellos eran impuros. Moró entre los hombres como un ejemplo de integridad intachable. Su vida sin mancha proyectaba luz sobre sus corazones. Su sinceridad revelaba su insinceridad. Manifestaba la vacuidad de su piedad ostentosa y les descubría la iniquidad en su carácter odioso. Semejante luz no era bienvenida.

Si Cristo hubiera llamado la atención sobre los fariseos y hubiera ensalzado su erudición y piedad, lo habrían aclamado con alegría. Pero cuando habló del reino de los cielos como una dispensación de misericordia para toda la humanidad, presentaba un aspecto de la religión que no podían tolerar. Su propio ejemplo y enseñanza nunca habían sido tales que hicieran deseable el servicio de Dios. Cuando vieron a Jesús prestando atención a aquellos a quienes ellos odiaban y rechazaban, esto despertó las peores pasiones de sus orgullosos corazones. A pesar de su jactancia de que bajo el «León de la tribu de Judá» (Apocalipsis 5:5), Israel sería exaltado a la preeminencia sobre todas las naciones, podrían haber soportado mejor la decepción de sus esperanzas ambiciosas que la reprensión de Cristo por sus pecados, y el reproche que sentían incluso por la presencia de su pureza.

## Tarea 1

### Problemas de Lenguaje en tu Clase de Escuela Sabática

➤ ***Asegúrate de registrar en tu Tarjeta de Cumplimiento de Estudiante que has completado esta tarea.***

1. Haz una lista de expresiones o figuras retóricas comúnmente usadas en las iglesias Adventistas del Séptimo Día. Quizás quieras visitar algunas clases de Escuela Sabática y tomar notas de las expresiones usadas que crees que los visitantes o nuevos miembros podrían no entender.
2. Haz una lista de problemas que podrían surgir del uso de este vocabulario interno.
3. Debajo de cada expresión de tu lista, escribe una alternativa que exprese la misma idea, pero en un lenguaje que un visitante o nuevo miembro probablemente entendería más fácilmente.
4. Lee las dos versiones de *El Deseado de Todas las Gentes* en la Lectura 3. ¿Cuál es tu impresión? ¿El cambio de lenguaje en *Mesías* afecta la teología o las enseñanzas de *El Deseado de Todas las Gentes*? ¿Cuándo podrías usar la versión titulada «Mesías» y cuándo el original «El Deseado de Todas las Gentes»?